

bian dar á Jesús los legionarios, mostrándose Onkelos espléndido en esto, como espléndido se mostrara en lo del vino. Entonces el decurion le dijo:

— Descansad en nosotros. Los soldados le desollarán vivo, y si no tiene mil vidas, á buen seguro que el pretor no tendrá el trabajo de condenarle á muerte. Id descansado ya.

— Si no hallais inconveniente, me quedaré.

— ¿Desconfiais? — preguntó el decurion con fiereza.

— No, pero para saborear el placer de la venganza, desearia asistir á la escena de los azotes.

— Si es por eso, podeis quedaros.

Oidas estas palabras del decurion, Onkelos volvió á estrechar la mano de aquel, y despues, como si fuera uno de los soldados de Roma, sin tener en cuenta su tan careada *dignidad*, mezclóse entre ellos, y no tuvo á menos sostener con ellos las brutales conversaciones del vivac de aquellos tiempos.

## CAPITULO II.

### La Sentencia de la flagelacion.

En el acto de abandonar Pilatos el balcon, desde el que hablara al pueblo judío, poco menos que amotinado, se hallaba visiblemente conmovido, y una agitacion profunda le dominaba. Aquella agitacion era el grito de su conciencia, que le argüia de crueldad; aquella agitacion era la voz del

deber, diciendo al juez que cometia una incalificable injusticia.

Pilatos hacia esfuerzos sobrehumanos para dominarse, para sofocar aquella voz, pero Pilatos no podia acallar los gritos de su conciencia, porque no está en la mano del criminal hacer enmudecer el grito, con que por voluntad de Dios, se acusa á sí mismo ante los tribunales de Dios y de la propia razon.

Y miró el Pretor compasivamente á Jesucristo, que permanecia humilde y resignado, como un cordero á quien se va á sacrificar. El Señor levantó los dulces y tristes ojos, para poner en Pilatos una mirada bondadosa, y Pilatos sin duda no pudo resistir la dulce recriminacion de aquella mirada, porque á pesar suyo sintió que el rubor teñia sus mejillas, y que carecia de fuerzas para resistir el poema tristísimo de dolor, la acusacion que aquella mirada le estaba dirigiendo.

Así fue, que apartando los ojos del Señor, dirigióse á la parte opuesta de la sala, donde sobre una riquísima mesa habia algunos pergaminos y recado de escribir, y tomando asiento, escribió con agitacion febril algunas líneas en un trozo de pergamino. Despues, sin leer lo que habia escrito, porque al parecer temia leerlo, llamó á uno de sus criados, y le dijo:

— El centurion Cornelio.

El criado salió precipitadamente, y poco despues penetraba en la estancia el noble centurion.

Este venia afectado, y su afectacion debia ser profunda, porque de ella daba claros indicios su rostro varonil y franco.

Pilatos le miró, y puso no sé por qué los ojos en tierra. Al parecer temia hallar una recriminacion en Cornelio. Y sin embargo Pilatos era allí la autoridad suprema; nadie tenia

el derecho de reconvenirle, ni de resistirse á sus órdenes. ¿Qué temia, pues, por parte de Cornelio?... ¡Ay! ¡cuán cierto es que en la misma mirada de un niño encuentra el criminal una acusacion!...

— ¡Aquí estoy! — díjole Cornelio al pretor, sin que supiera dominar los efectos de trémulo que la afectacion daba á su voz.

— Lee: — díjole concisamente el pretor, presentándole el pergamino que acababa de escribir.

Y Pilatos apartó confundido la mirada de Cornelio, fingiendo una distraccion y una indiferencia que estaba bien léjos de sentir.

Cornelio leyó el pergamino, y su tristeza se hizo mas manifiesta y sensible que hasta allí. Despues puso en Jesucristo una mirada llena de compasion, y musitó para sus adentros estas palabras:

— ¡Injusticia de los hombres!...

Luego haciendo una pausa, como para reponerse de la ingrata impresion que de recibir acababa, dirigiéndose al pretor, no como un amigo á otro amigo, sino como un subalterno á su superior gerárquico, le dijo:

— Deseo saber qué es lo que dispones.

— Esa sentencia al jefe de los lictores, — respondióle Pilatos muy preocupado.

Y como observara que Cornelio hacia un pronunciado movimiento de asombro, continuó:

— Ya sé, Cornelio, que no eres tú, el que debe ejecutar la órden que de darte acabo; tu oficio no es ser criado del pretor. Pilatos ha enviado á buscar al amigo Cornelio.

— Y el amigo Cornelio pregunta á Pilatos: ¿me has enviado á buscar para llevar al jefe de los lictores una sentencia de azotes, dictada contra ese pobre desgraciado?

Y diciendo esto, Cornelio señalaba á Jesucristo, demostrando un interés y una compasion por él, que nadie se atreviera á esperar.

Pilatos acercóse á Cornelio, y con la voz baja para no ser oido, y con la mirada tímida, como si temiera los reproches de su amigo, le dijo:

— No; Pilatos ha enviado á buscar á su amigo Cornelio, para decirle en el seno de la confianza y de la amistad: *¿Qué te parece esa sentencia?*

— ¿Quieres que te conteste con mi habitual franqueza, ó quieres que no responda á tu pregunta?

— ¿Puedes dudarlo?... Cornelio; estoy verdaderamente agitado; mi corazon experimenta un sobresalto y una intranquilidad indecibles; esto no es vivir, y si vivir es esto, reniego de la vida... Quisiera que me hablaras con franqueza, y te lo ruego encarecidamente.

— ¿Qué quieres que te diga mas de lo que tu corazon te dice con el sobresalto que experimentas? El torcedor del remordimiento te acusa, Pilatos, y yo no sé por qué Claudia y yo tememos que firmando esa sentencia, firmes tambien el decreto de tu desgracia.

— Pero si yo le condeno á ser azotado, lo hago para poder librarle.

— Si es criminal, ¿por qué no le sentencias á muerte?

— No he hallado crimen alguno en él, — respondiό Pilatos lleno de confusion.

— Si no es criminal, ¿por qué causa le condenas á sufrir el cruel y deshonoroso castigo de los azotes?

— Ya lo he dicho, ¡para poder mas fácilmente libertarle!

— ¿Qué mejor facilidad que la que su inocencia da á tu rectitud? ¿No eres tú el juez? ¿No es él inocente? ¿No tienes poder para hacer que se cumplan y respeten las sen-

tencias que pronuncien tus labios, ora sean en favor ó en contra de los acusados? Si este poder tienes, si Jesús es inocente, si tú debes fallar, y no te atreves, si esperas cometer una crueldad para satisfacer la rabia de los hebreos, no esperes tener despues libertad, cuando los enemigos del Nazareno te pidan su muerte... Así vienes á convertirte en instrumento menguado de las iras de ese populacho que ruge, y no es merecedor de otra cosa que del hierro y del fuego.

— Sin embargo, ellos han acusado á Jesús de crímenes, que á ser ciertos, serian imperdonables...

— Pero esos crímenes pretendidos, ¿son ó no son verdaderos, son ó no son falsos?

— ¡Imputaciones calumniosas son!

— Pues entonces, Pilatos, no debes castigar al calumniado, sino al calumniador.

— Lo conozco; pero ellos me han amenazado nombrándome á Tiberio, y tú sabes los espías secretos que tiene el emperador, y no desconoces tampoco cuán implacable se muestra con sus funcionarios. Este es el motivo por el cual me veo obligado á disponer que el inocente Jesús sea castigado, como si fuera un criminal.

— El castigo que dispones contra Jesús no es suficiente, no conduce á nada; el crimen de que se le acusa no tiene otro castigo que la muerte, si es cierto; si resulta falso, castigar de una manera ó de otra al inocente acusado, es declararse débil el juez, y dejar suponer que en la acusacion hay parte de verdad.

— ¿Y no hay esa parte de verdad en el asunto que se ventila?

— No lo creo; Jesús no es, no ha sido, no quiere ni puede ser un conspirador, ni un sedicioso.

— Sin embargo es descendiente de David, y heredero de su casa en línea recta.

— ¿Y qué culpa tiene el desgraciado en ello? ¿Ha hecho nunca alguna cosa digna de llamar la atencion de Roma en el órden político? No por cierto: diversas veces le han aclamado por rey, y él ha evitado esas aclamaciones, ha rehusado la púrpura real, y en vez de poner los ojos en las ambiciones del mundo, hálos dirigido al cielo.

— Reconozco,—respondió Pilatos,—que es un hombre pacífico; te concedo que es un hombre extraordinario, que me pasma, que me llena de admiracion y asombro; me he convencido que su ideal son unas utopias tan vaporosas y tan sublimes, que parecen ilusiones de gloria y de amor, pero ilusiones pertenecientes á otro mundo, á otro órden de criaturas; todo esto reconozco y confieso, pero ¿quién me ha dicho á mí, que mañana, cansado de predicar hermosísimos delirios, capaces de enloquecer al mundo, no se precipite por el camino de las grandezas mundanas, y que aprovechando su inmensa popularidad, no se valga de ella, y de su nombre, y del fanatismo de los hebreos por el Mesías, para coronarse rey de Israel, y arrojar por de pronto á Roma de la tierra de Judá? ¿Quién te ha dicho á tí que esto no puede suceder? Y si puede suceder, y si el Nazareno es hombre, ¿quién te ha dicho á tí que no sucederá?

Cornelio, oyendo este especioso razonamiento de Pilatos, y comprendiendo que el pretor no deseaba otra cosa sino sincerarse por su injusticia, contentóse con mover la cabeza de un lado á otro, como para decir al esposo de Claudia, que todo aquello no era mas que un sofisma.

Pilatos continuó:

— Recuerdo que al advenimiento de Herodes el grande al trono de Israel, hizo asesinar á todos los de la raza de

los reyes Asmoneos, y persiguió á los de la familia de David. Los propósitos de Herodes fueron reinar en paz, quitando de en medio á todos los que podían pretender su trono; yo que no soy ni tan sanguinario ni tan bárbaro como era Herodes, para impedir que Jesús pueda suscitar nunca una revolución contra Roma, le deshonraré haciéndole azotar, y á buen seguro que los hebreos no pasarán nunca por la humillación de tener un rey, á quien Roma ha mandado públicamente dar azotes, como si fuera un vil esclavo.

Cornelio, confirmándose mas y mas en que Pilatos buscaba una excusa para llevar á cabo aquella sentencia injusta, contentóse con hacer un espresivo movimiento con los ojos y con los hombros. Aquel movimiento significaba:

— ¡No me convences!

— Por otra parte, — insistió Pilatos, — la sentencia está dictada, pues acabo de decir á la multitud amotinada en la plaza, que mandaré castigar á Jesús, y despues le pondré en libertad...

Cornelio sonrió amargamente. Aquella sonrisa era de duda, y Pilatos así la debió traducir, pues que se ratificó con fuerza en sus últimas palabras.

— Sí, — repitió; — despues le mandaré poner en libertad.

Cornelio no dijo una palabra, para contestar á esta segunda aseveración del pretor, y este, que deseaba ver aprobada su resolución cruel por el centurion, insistió preguntándole:

— Y bien; ¿qué opinas ahora?

— Mi opinión, ¿podrá acaso impedir una injusticia, cuando tú mismo acabas de decirme que la sentencia está dictada? ¿Podrá salvar una palabra mia al infeliz, que no

tiene otro crimen que el de haber suscitado contra sí el odio y la envidia de los sacerdotes hebreos?

— Severo estás conmigo, Cornelio.

— Me preguntas, y te contesto, segun los datos que tú mismo me has dado. Tú has dicho públicamente que Jesús no tiene culpa, y si esa culpa no existe, yo no sé de qué otra manera hablarte, si no te hablo como acabo de hacerlo.

Cornelio hizo una pausa, y luego continuó:

— Si es inocente, ¿por qué le castigas? El castigo injusto que le aplicas, es una crueldad, es un abuso injustificado de tu poder, y el acusado se convierte en víctima. Si piensas desarmar á los enemigos de Jesús mandando azotarle, te equivocas. Ellos, que han oido de tus labios que el Nazareno era inocente, viendo ahora que le azotas con todo y ser inocente, deducirán que tú careces de energía para hacer justicia, y esa pretendida debilidad por tu parte, les animará á pedir la muerte del que no tiene culpa alguna.

— Pero no lo conseguirán, — exclamó Pilatos con energía.

— ¿Quién sabe? Mas próximo está á hacer una concesión grande el que ha hecho otra de pequeña, que no lo está aquel que se ha mantenido firme siempre en su primera resolución.

— Pero ¿no ves que yo me he visto forzado? ¿No ves que si este episodio llega á oídos de Tiberio, y yo resuelvo la causa en favor de Jesús, caigo en desgracia del emperador, y el astro que alumbraba mi hermoso porvenir se apagará en un momento, si no se apaga al mismo tiempo el astro de mi vida? — dijo Pilatos con verdadera desesperación.

Cornelio miró compasivamente al pretor, y luego con voz baja, y como si hablara consigo mismo, dijo:

— Pero ni esos azotes satisfarán al pueblo hebreo, ni dirán nada en tu favor delante de Tiberio; en cambio, la sangre inocente que vas á derramar, tal vez sea la que cayendo á gotas sobre el astro de tu porvenir, apague sus brillantes destellos, y te deje en la noche eterna de la desgracia.

— ¡Fatídicas son tus palabras! — balbuceó Pilatos estremecido.

— Ojalá que no salgan ciertas, — dijo tristemente Cornelio.

Y haciendo una pausa breve, pero tristísima, con acento conmovido prosiguió:

— Quiera el destino que mis presentimientos salgan inexactos, porque de no ser así, ¡ay de Pilatos!

Este se estremeció visiblemente, al oír la exclamación amenazadora y triste de Cornelio. Pilatos, como soldado legionario tenía una gran energía, tenía la energía de los déspotas elegidos por Roma, para gobernar las provincias de su dilatado imperio, pero Pilatos era un fatalista como todos los paganos, y los temores de un oscuro porvenir, el ¡ay! pronunciado tristemente por Cornelio, unidos á las acusaciones que su conciencia le dirigía por su injusticia, le sobresaltaron grandemente, hicieron desaparecer en un momento aquella fiera energía de que hemos hablado, y por eso, lleno de misterioso temor, sobresaltóse oyendo á su amigo, como pudieran sobresaltarse un niño y una mujer, cuando se les refiere un cuento tenebroso de aparecidos y de fantásticos terrores y sombras.

Pasaron unos momentos, y Pilatos, con espresion entrecortada balbuceó:

— Hablas de una manera, Cornelio, que me has hecho estremecer.

— No me hubiera atrevido á ello, si mis temores, que

son los de un amigo cariñoso, no se juntaran á los temores de un corazón que te ama con toda su fuerza, con toda su ternura. Ese corazón es el de Claudia tu esposa.

El pretor sintió en aquel momento en su corazón y en su espíritu una cosa inesplicable, indefinible... y un espectro de pavor creyó ver que se deslizaba ensangrentado y amenazante por la sala.

En aquel momento recordaba la terrorífica impresión del sueño que tuviera aquella misma noche, cuando Prócula fué á despertarle, para hablarle de Jesús. Y las tinieblas entre que se envolvía el sueño para su memoria, formaban para Pilatos un nuevo motivo de espantable impresión.

Si el pretor hubiera temblado alguna vez, de seguro que lo hiciera en aquel momento; en aquel momento en que por una parte había el grito de su conciencia, y por otra el de la inocencia de Jesús, condenado injustamente á sufrir el castigo de los azotes; aquí había el recuerdo aterrador del sueño que le molestara por la noche, y allí los presentimientos y temores de Claudia y de Cornelio... ¡Oh! razón le sobrara al pagano Pilatos para temblar, cuando muchos cristianos tiemblan por sueños y presentimientos de una importancia ridícula.

— ¡Claudia también! musitó Pilatos: — ¿Es decir, que no soy yo solo el que temo? ¿Es decir, que la mujer que amo, y el amigo cariñoso temen también por mí?

— Cuando tú has enviado á buscarme, acababa yo de hablar con Prócula, que interesada en conocer el giro de la causa, ha querido saberlo de mis labios.

— ¿Y qué ha dicho? — preguntó con mucho interés el pretor.

— Me ha referido no sé qué visiones fatídicas, que han atormentado esta noche su sueño; visiones aterradoras que

tienen sobresaltado su noble y amante corazón, por la suerte del mortal que ama con tanta ternura.

— ¡Pobre Claudia mía! — exclamó Pilatos con verdadero entusiasmo de amor. — Yo agradezco en el alma el interés que por mí te tomas, interés al cual debo la elevada posición que ocupó... Pero no temas, — continuó, — no temas por la suerte de tu amado Poncio.

— ¿Quién hace enmudecer la voz del destino, cuando hablan al corazón de la mujer amante los dioses tutelares de su amor?... ¿Ignoras acaso, Pilatos, que la mayor parte de los sueños son revelaciones de los genios que velan por nuestro destino (1)?

— Nada de eso ignoro, pero no siempre los temores del corazón humano, son revelaciones hechas al hombre por los dioses inmortales.

Hubo un rato de silencio. La preocupación de Pilatos se traslucía á pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para aparecer sereno. Es difícil, es casi imposible dominar el corazón, cuando se ha apoderado de todas nuestras fuerzas, de todo nuestro ser.

Poco después, Pilatos, pasando á un nuevo orden de ideas, cual si hiciera desesperados esfuerzos para persuadirse á sí mismo de que obraba bien, continuó:

— No, no temo que el paso que voy á dar se vuelva contra mí. Si es que los dioses existen; si es que se cuidan de lo que puede suceder á los hombres; si es que existe algún poder superior al poder fatalista del destino, y si hay una existencia superior á la humana, que lee las intenciones de los mortales en los pliegues del corazón, yo no dudo

(1) Esta era una de tantas preocupaciones de los idólatras romanos. Por eso os *augures* ó adivinos eran tan respetados y se consideraban tanto en la pagana Roma.

que esa existencia se pondrá de mi parte, porque á pesar de la crueldad del castigo que se va á aplicar á Jesús, sabrá leer en mi pecho los deseos que me animan, y los propósitos que tengo formados acerca la suerte de ese desgraciado.

Cornelio se encogió de hombros. No supo escogitar medio mejor para decir á Pilatos que no le convenía.

El pretor continuó:

— Sí; los dioses ó el destino verán las intenciones que me animan, si es que existen, y la crueldad aparente de que con el Nazareno voy á usar, producirá el mismo efecto que una sangría al que la necesita para curar. No dudo que en vez de castigarme las deidades, premiarán mis intenciones rectas y mi prudente conducta.

El centurion sonrió tristemente y de una manera particular. Aquella sonrisa quería significar al pretor:

— Pretendes engañarte y engañarme, pero los sofismas no son razones; no convencen á nadie.

Después le dijo á Pilatos:

— ¿Puedo saber cuáles son tus intenciones?

— El pueblo amotinado, — contestóle el pretor, — pide la muerte del pobre inocente, y me fuerza á mí á sentenciarle á la última pena, sin que exista causa para ello. Ahora bien; Jesús saldrá de la escena de los azotes, tan mal parado, como tú sabes que suelen salir los desgraciados que á ello se les sentencia, y espero que viéndole tan tristemente desgarrado, ha de moverse á piedad el corazón de los que piden su muerte. Si llega este caso probable, ¿no observas cuán grande bien será la flagelación para Jesús, pues el castigo de los azotes le salvará la vida?

— ¿Y si el corazón de los hebreos se endurece, si persisten en exigirte la muerte del inocente?

— Me denegaré á complacerles.

— ¿Por qué no lo haces ahora ya? ¿No es este el momento mas oportuno para ello, puesto que ninguna concesion se ha hecho al populacho amotinado?

— ¿Y no te he dicho ya las razones políticas que me obligan á ello? ¿No es acaso Jesús el jefe de un bando numeroso? Verdad es que ese bando no es político hoy por hoy, pero ¿quién puede asegurarnos que el torrente de mansas y cristalinas aguas, no se convierta mañana en rio caudaloso de curso asolador?

Cornelio volvió á sonreir tristemente. Habia apurado todos los recursos posibles para convencer á Pilatos, de la iniquidad de la sentencia que de dictar acababa contra Jesucristo, y viendo que el pretor se obstinaba en su voluntaria ceguera, no tenia otro medio que sonreir tristemente, para compadecer al juez injusto y á la inocente víctima.

En aquel momento los ángeles oyeron que un suspiro imperceptible se escapaba de los labios del centurion. Y se escapaban tambien con aquel suspiro estas palabras:

— ¡Yo he hecho cuanto me ha sido dable!...

Luego, levantando la voz, y enseñando al pretor el pergamino infausto que conservaba en la mano, le dijo:

— ¿Y he de ser yo el instrumento, aunque remoto de la flagelacion?

— ¿Tanto se te resiste entregar esa sentencia al jefe de los lictores? — preguntóle á su vez Pilatos, con una sonrisa que no sabemos calificar, porque contenia parte de súplica, y parte de reconvencion.

— ¿Por qué no decirlo? Me repugna dar ese paso. Mándame que me presente sereno, con la espada en la mano delante de una legion, y no me verás vacilar.

— Te comprendo, Cornelio. No esperes, pues, que el pre-

tor mande á un centurion lo que no pertenece á sus atribuciones; no esperes que el amigo exija á su amigo un servicio que le repugna.

— Te lo agradezco en el alma, — dijo Cornelio, inclinándose profundamente.

Entonces Pilatos llamó al jefe de los lictores, que se presentó en el salon del tribunal con su fajo de varas, en mitad del cual descollaba una segur de afilado tajo.

Los lictores eran los que precedian á los personajes romanos constituidos en dignidad, y eran á la vez los ejecutores de varias penas afflictivas, á cuyo fin iban armados del fajo de varas, y del hacha que hemos visto en el que penetró en el salon, donde se hallaban Jesucristo, Pilatos y Cornelio.

— ¿Qué mandas? — preguntó al pretor el ministro de la justicia romana.

— Toma :

Pilatos alargó desdeñosamente al licitor el pergamino, en el cual iba escrita la sentencia de flagelacion contra el Salvador del mundo.

— ¿Qué es esto? — preguntó con sequedad el licitor, recibiendo el pergamino.

— Lee : — respondióle Pilatos, sin mirarle siquiera.

Y el licitor leyó lo siguiente :

— *Á JESÚS NAZARENO, acusado por los pontífices y los príncipes de su raza, de hombre sedicioso, y de transgresor de la ley mosaica, desnudadle, amarradle y azotadle. Parte, licitor, y distribuye las varas (1).*

(1) Adrichonio Delpho cita este curioso documento, en su obra titulada *Theatrum Terræ Sanctæ*. De allí la han copiado muchos y graves autores, tales como Mislin, Gaiet, etc. Esta cruel sentencia, escrita por Pilatos en latin dice, segun Adrichonio, testualmente lo siguiente:

*Jesum Nazarenum, virum seditiosum et mosaicæ legis contemptorem, per pontífices suæ gentis accusatum, expoliare, ligare et virgis caedere. I, licitor expedi virgas.*

Después de haber leído este documento, tan infame como cruel, el jefe de los lictores dijo á Pilatos :

— ¿Tienes algo mas que ordenarme?

— No. Vete : — contestóle el pretor, sin dignarse mirar siquiera al que le preguntaba.

— El jefe de los lictores no era muy susceptible, y de consiguiente ningun caso hizo del desden con que Pilatos le trataba. Antes, empero, de salir de la habitacion, díjole el pretor :

— Puedes llevarte al preso.

— La flagelacion, — preguntó el licitor, — ¿ha de ser á lo hebreo ó á lo romano?

Pilatos pareció vacilar por unos momentos. Cornelio le miraba con ojos de compasion, porque la debilidad de aquel hombre producía al centurion mas lástima que enojo.

Después de un momento de vacilacion, el esposo de Prócula dijo con acentuado mal humor :

— ¿Está la sentencia dictada en hebreo ó en romano?

— En latin.

— Pues bien; cumple como debes. ¿No es acaso Israel una provincia del imperio? ¡Basta de prerogativas ya!

El jefe de los lictores acercóse entonces á Jesucristo, y con un ademán tan imperativo como despótico, le dijo :

— ¡Anda!

Y diciendo esto señalóle la puerta del salon, por la cual habia entrado ya dos veces el divino Redentor. Jesucristo no se hizo repetir la orden. Iba gustoso al sacrificio, y de consiguiente cada paso que daba en la sangrienta y dolorosa carrera de su martirio, era un nuevo consuelo para su amante y divino corazon.

En aquel momento exhaló un suspiro. Este suspiro no era ni de dolor, ni de pena; este suspiro era de amor in-

menso, infinito, inagotable; era la erupcion de aquel amor, que replegado en el pecho del Verbo, le obligaba á sacrificarse y á padecer para salvar á los hombres.

El jefe de los lictores oyólo, y por no haberlo entendido, interpretándole de muy diferente manera, le dijo con una entonacion que el mismo Onkelos envidiara :

— Á lo que parece, te has obstinado en negar, y es fuerza que confieses tu delito. Esto pudieras evitarte si contestaras como debias á las preguntas del pretor...

Jesucristo dirigió al cielo una ferviente oracion para la salud de los mortales. Ofrecia anticipadamente al Padre Eterno los dolorosos martirios que iba á sufrir, y al ofrecerlos, derramaba todo el amor de su pecho ante el acatamiento del Altísimo, para que este amor y aquellos martirios descendieran sobre la tierra como una benéfica lluvia, como un rocío omnipotente, para hacer abrir en el mundo la hermosa corola de la virtud.

El licitor suponía, como fácilmente podria deducirse de sus espresiones, que si á Jesús se le aplicaba el castigo de los azotes, era solo con el propósito de que hiciera una confesion en contra suya; confesion que se le exigia, y que el divino Redentor se empeñaba en negar. Pero como sabemos, el licitor se equivocaba. Esta equivocacion lamentable debia redundar en perjuicio de Jesucristo, puesto que iba á aumentar el número y la intensidad de los tormentos que al Salvador esperaban.

Mientras tanto, Pilatos se hallaba confundido, anonadado, lleno de abatimiento, y se puede decir de espanto. Sus ojos clavados en tierra no osaban levantarse para mirar al centurion, porque temia hallar una acusacion en los de Cornelio, acusacion justa, porque la misma confusion que le dominaba, servia de lengua á Pilatos, para revelar elo-

cuentemente toda su iniquidad, toda su injusticia, toda la enormidad de su crimen.

Cornelio á su vez se hallaba triste é indignado. El proceder de su amigo era inesplicable para el centurion, toda vez que conocia la integridad y la firmeza del pretor. Hubiera deseado acriminarle duramente; hubiera deseado echarle mil veces en cara su iniquidad; hubiera deseado confundirle... pero ¿acaso no era ya incalculable la confusion de Pilatos? ¿Acaso el silencio que guardaba, no era la acusacion mas tremenda que podia dirigirle?... Por otra parte, hemos dicho que el pretor le inspiraba compasion, puesto que la debilidad del esposo de Prócula era una men-gua para el hombre inflexible, que representaba á Roma en la Judea inquieta.

Y así estuvieron por largos momentos los dos amigos. Nosotros les dejaremos al uno en su confusion, y al otro en su indignacion, para dar á nuestros amables lectores unos detalles necesarios para la mejor inteligencia de lo que hemos dicho y esperamos decir aun. Estos detalles, que suponemos esperarán nuestros lectores, por habérselos prometido en el primer capítulo del presente libro, se refieren á las dos especies de flagelacion que se daban la una en Roma, y en Jerusalem la otra; la una siguiendo las leyes del Lacio, y la otra siguiendo las leyes civiles de la Judea. Entonces se esplicarán nuestros lectores el por qué Onkelos se hallaba interesado, en que se azotara al divino Redentor, no á lo judío, sino á lo romano; entonces se esplicarán tambien el por qué preguntó el jefe de los lictores á Pilatos, si Jesús debía ser azotado segun se practicaba en Israel, ó segun era costumbre donde quiera que Roma llevaba sus leyes y su dominacion con sus armas invasoras. Serémos breves.

El castigo de los azotes entre los hebreos, se ejecutaba de la siguiente cruel manera:

Luego que el reo habia sido condenado á azotes, se le entregaba al verdugo, y este le ataba fuertemente de manos á una columna, para poder tenerle seguro. Despues colocaba una grande piedra cuadrada detrás del que debia sufrir el castigo, y sobre esta piedra subia el verdugo, al objeto de que viniendo los azotes de arriba abajo, fuese mas cruel el efecto que produjeran, y mas desastrosas para el pobre paciente las consecuencias del castigo que se le aplicaba. Cuando el verdugo se hallaba ya dispuesto y preparado, el criado del ejecutor de la ley rasgaba los vestidos del reo, dejándole desnudas las espaldas y el pecho, porque sobre estas dos partes del cuerpo se aplicaban los azotes. En este momento empezaba la sangrienta y cruel ejecucion.

Armado el verdugo de unas disciplinas que terminaban en cuatro cuerdas, ó de un látigo, cuyo extremo se descomponia en cuatro nervios de buey, aplicábanse al reo trece azotes sobre el pecho, y trece á cada espalda, y esto se hacia poniendo el verdugo por su parte todas las fuerzas, de modo que los pobres azotados muchas veces perdian la vida, por serles imposible resistir á la violencia del tormento, sobre todo en el acto de recibir los trece furiosos golpes sobre el pecho.

Si el sentenciado al castigo de los azotes moria, el verdugo que se los aplicara no tenia en ello ninguna responsabilidad, siempre que no hubiese aumentado de una *manera excesiva* el número de las cuatro cuerdas en que debia terminar la disciplina, ó el número de los cuatro nervios de buey en que debia terminar el látigo con que el castigo se aplicara. Las dos palabras que hemos subrayado, indicarán á nues-

tros amados lectores, que eran muy raros los cargos que se hacian á los verdugos por la muerte de los azotados, puesto que siempre el cruel ejecutor de la ley podia escusarse diciendo que no habia aumentado de una *manera excesiva* el número de los instrumentos de aquel suplicio inhumano.

Es de advertir aquí que este suplicio cruel no era impuesto por Dios al pueblo hebreo, sino que era una ley que apellidaremos de *imitacion*, puesto que los israelitas imitaban en muchas cosas á los pueblos extranjeros, con quienes habian tratado. Las leyes de Dios se distinguen por su severa y recta prudencia, y por su admirable humanidad; cualidades que de ninguna manera reunia el castigo de los azotes, que con todo y ser tan cruel, era del modo mas humanitario que en el mundo se aplicaba, la manera como lo aplicaban los judíos.

Veamos, pues, ahora como se ejecutaban las sentencias de flagelacion en las provincias sujeta por Roma:

El castigo de los azotes era en Roma un castigo, que así se aplicaba por los jueces á los criminales y acusados, tanto para castigar ligeros crímenes, como para obligarles á confesar, por via de tormento, los delitos de que eran acusados y se empeñaban en negar, ya fuera por amor á la propia conservacion, ó ya fuera por inocencia.

Los dueños de los esclavos tenian tambien el derecho de castigarles hasta la muerte, y los azotes eran una de las penas afflictivas que se aplicaban á aquellos desgraciados, muchas veces para desahogar el mal humor de sus crueles dueños. Ante todo es de advertir, que un esclavo era para los romanos, no un *hombre* sino una *cosa*, y bajo esto supuesto, les trataban mucho peor de lo que podia tratarse al animal doméstico mas despreciable.

Este antecedente es necesario para comprender sin es-

fuerzo la suma de tormentos, de los desgraciados que perdieran en Roma la libertad. Los grandes señores, que tenian un gran número de esclavos, mantenian para castigarlos un verdugo particular, al cual daban el nombre de *lorario*, y su oficio consistia en castigar sin piedad á los esclavos, azotándoles con un azote compuesto de alambres y cuerdas trenzados juntamente.

Las matronas romanas llevaban este instinto cruel y sanguinario, hasta el extremo de pagar una renta anual al verdugo público, para que azotara á las esclavas que las servian, y estos azotes se les administraban siempre por la menor negligencia. Estas desgraciadas veíanse atadas por los cabellos á una columna ó al montante de una puerta; desnudábanlas entonces, y el verdugo las azotaba en presencia de sus señoras, haciéndoles derramar abundante sangre, y desollándolas, como vulgarmente suele decirse. Este martirio infame duraba mas ó menos tiempo, segun era el humor de la matrona, pues siendo cosa de todos sabida que en Roma los dos sexos se deleitaban viendo correr la sangre humana, no se estrañará que de este castigo salieran las pobres esclavas espirantes muchas veces, pues el verdugo debía azotarlas, hasta tanto que la señora, denotándole que estaba satisfecha, le decia: *¡basta!*

Entonces la desgraciada esclava, sin atenderse para nada á su estado, era metida en una especie de cepo, y se le ponian grillos de hierro, y en esta conformidad se la obligaba á continuar sirviendo con diligencia á su dueña, por mas que la desgraciada no pudiera hacerlo, á causa del estado á que la redujeran los azotes, y en que la ponian los pesados grillos.

No es de este lugar estudiar detalladamente los castigos que se aplicaban en Roma, tanto á los esclavos por parte

de sus inícuos señores, como á los criminales por parte del fiero Estado. Dejarémos, pues, estos castigos á parte, toda vez que no hacen á nuestro objeto, y nos concretarémos á describir rápidamente la flagelacion ordenada por los tribunales, puesto que es la que nos interesa, por ser tambien la que descargó sobre la inocencia de Jesús, como descarga una nube de verano sobre las mieses doradas, para sembrar la desolacion en una comarca.

Luego que el juez habia dictado una sentencia de azotes, ordenaba al jefe de los lictores que se hiciera cargo del reo, para que dispusiera que el castigo fuese aplicado con toda severidad. Cruels eran por demás los soldados de Roma, como es cruel aquel que no se alimenta mas que de sangre, que no se emplea en otra cosa que en tiranizar y oprimir, y que no tiene mas destino que el de morir de muerte violenta en una batalla. La guerra era su oficio, la crueldad su enseña. Esto sin embargo, el estado de Roma, que á pesar de su aparente civilizacion era mas bárbaro que sus legionarios, encargaba, á los que debian ejecutar la cruel sentencia de la flagelacion, una severidad implacable.

Estas sentencias comunmente estaban concebidas en los siguientes términos:

*Lictor, apodérate del reo, desnúdale, hiérele y obra con severidad.*

Dictada esta sentencia, y ya el reo en poder del verdugo, por decirlo así, disponíanse los instrumentos del suplicio. Estos instrumentos eran ó varas secas, con las cuales machacaban las carnes del pobre paciente hasta abrirle en el cuerpo una sola llaga, ó unas cuerdas al estremo de las cuales ataban pequeños pedazos cuadrados de hueso, ó bolas de plomo, á fin de que la flagelacion desollara el cuerpo del desgraciado que sufría aquella cruel sentencia.

Esta sentencia se ejecutaba tan sin piedad, que los habitantes de Smirna, al escribir las actas de algunos mártires, dicen que hubo cristiano, que despues del tormento de los azotes, habia quedado con todos los nervios y venas del cuerpo descubiertos, de modo que *podia estudiarse en ellos toda la anatomía del cuerpo humano.*

El sentenciado á la pena de los azotes, era puesto por el lictor en manos de los legionarios, que tomaban este horrible episodio como si fuera una escena de las mas divertidas y alegres. El lictor les entregaba entonces las varas y los instrumentos del suplicio, y en aquella circunstancia, el pobre sentenciado era desnudado completamente por los soldados; en esta disposicion se le amarraba fuertemente á una columna por los piés y por las manos, y empezaba el suplicio, que lo administraban cuatro legionarios á la vez, descargando comunmente los azotes sobre el paciente á un mismo tiempo, y con diferentes instrumentos, á fin de que los efectos de la flagelacion fueran mas sensibles y desastrosos.

Así como los hebreos marcaban el número de azotes que el verdugo debia descargar sobre el reo, los romanos no los señalaban, y comunmente sucedia que ensañados los legionarios, ó tomando aquel episodio como una cosa de risa, no cesaban de martirizar al pobre paciente, hasta que le veian caer exánime á sus piés. Si esto sucedia, los jueces ninguna cuenta pedian por la muerte del reo á los verdugos, y despues de aquella escena sanguinaria, los unos y los otros dormian tranquilos, mientras que Roma se llamaba la señora y la civilizadora del mundo. ¡Qué gran sarcasmo era para sí misma aquella ciudad tan grande! Su manto era del color de la púrpura, porque lo habia teñido de rojo con la sangre de cien pueblos, vertida duran-

te algunos centenares de años; su aparente grandeza y las suntuosidades con que se adornaba, eran como las joyas de una meretriz, eran despojos que sintetizaban la ruina y la desolacion del mundo; del mundo que habia tenido la desgracia de conocerla.

Pero estamos advirtiendole que nos salimos del asunto, y es fuerza que volvamos á él: si Dios nos da salud y nos bendice, quizá en otras obras tendremos ocasion de ocuparnos de Roma, y entonces lo harémos con gusto y por deber. Ahora solo nos incumbe hablar de la Pasion del Salvador, y puesto que ya hemos dado á nuestros lectores los detalles necesarios, para que se espliquen el por qué Onkelos preferia la flagelacion romana á la hebrea, pasaremos á otro capítulo, con la seguridad de que nuestros amables lectores tienen los datos mas indispensables, para juzgar de la crueldad de las horribles escenas, que muy en breve nos verémos forzados á describir.

### CAPITULO III.

Las almas buenas.

Afligido y lloroso, como es de suponer, abandonó Juan el Evangelista la plaza del pretorio, despues de haber asistido á las turbulentas escenas que en ella se representaran. Habia acudido allí para satisfacer las nobles y amorosas ansias de la mas amante y de la mas infeliz de las madres, y despues de oir la cruel resolucion de Pilatos, con los ojos

preñados de lágrimas, y el corazon lleno de amargura, se dirigia á la casa de Marcos, para enterar á la dolorida Virgen de todo lo que sus ojos habian visto, y sus oidos escuchado.

Como sabemos, Juan amaba á la Virgen Madre con un amor verdaderamente filial; con un amor que pocas veces, tal vez ninguna, los hombres han sentido por ella, y sabiendo cuanto debian desgarrar el inmaculado corazon de aquella mujer las noticias que Juan le llevaba, sentia de nuevo desgarrado el suyo; sentia salirse del pecho en pedazos, y que una angustia infinita oprimia su alma generosa é impresionable.

Bien hubiera querido Juan no revelar á María los tristes acontecimientos que presenciara, pero como no ignoraba los deseos que animaban á la mas afligida de las madres, por eso iba á cumplir con el deber que se impusiera, obligado por las súplicas de la Virgen dolorida.

Estas consideraciones le ocupaban cuando llegó á la casa de Marcos, con paso vacilante y con los ojos llenos de lágrimas. No bien la dulce Madre de Jesús le vió, cuando poniéndose en pié, alargando los brazos suplicantes al discípulo amado, con voz angustiada é irresistible, le dijo:

—Juan, hijo mio, compadécete de mi angustia; refiere á la pobre Madre la dolorosa historia del amor de mi Jesús.

—Es tan triste, Madre mia, que no tengo valor, si Vos no pedís al Padre eterno que me comunique fuerzas para desgarrar vuestro tierno y dulce corazon.

—¿Tanto está sufriendo mi Jesús?—preguntóle la desgraciada Madre, con una entonacion de amor y de dolor indefinibles hasta para los mismos ángeles.

—Sufre tanto, que si no fuera Dios, no podria resistir al cúmulo inmenso de sufrimientos y martirios que le opri-